

IRIA

A.L. García



Capítulo 1

Había vuelto. Me miré en el espejo del ascensor y sonreí. No podía creerme que estaba a escasos minutos de reencontrarme con mi pasado y asumir las posibles consecuencias que aquello podría traer. Huí de Madrid cómo una cobarde cuando mi vida comenzó a venirse abajo y antes de que quedase atrapada y no pudiese salir, decidí poner tierra de por medio.

Y así había pasado los últimos ocho años de mi vida, viviendo en Londres alejada de cualquier persona que me pudiese reconocer. No podría decir que fue fácil abandonar todo y comenzar de cero pero por aquel entonces la idea de volver a España me aterrorizaba. No era capaz de enfrentarme a tantos fantasmas.

Pero ahora todo había cambiado. Ya no era esa cría de 20 años que tenía una vida la cual pendía de un hilo, ahora había conseguido construir una a mi antojo y cómo a mí me gustaba. Había cumplido mi sueño, había hecho los mejores cursos de fotografía e incluso había montado un pequeño estudio en el centro de Londres. Qué más se podía pedir.

El sonido del ascensor hizo darme cuenta de que había llegado a la planta dónde estaba mi antiguo hogar. Salí a duras penas cargando la maleta, cogí aire cuando me puse delante de la puerta de madera y toqué levemente el timbre.

La voz de mi madre rompió el silencio que había en rellano y sonreí. No podía parar de hacerlo y sabía que aquello estaba causado por los nervios.

¿Cómo reaccionarían?

La pregunta pasó varias veces por mi mente durante todo el trayecto de avión pero esta vez me creaba más inseguridad. Era consciente de que no había sido una buena hija y mucho menos una buena hermana.

Me marché de casa dejando solamente una nota pidiendo mi propio espacio y cómo es natural en cuanto Virginia, mi madre, encontró el folio doblado junto a la encimera se puso en contacto conmigo pero ya era demasiado tarde, ya había embarcado rumbo a Londres y había cambiado de número de teléfono.

Tarde varios meses en dar señales de vida por lo que la noticia no fue bien recibida en casa. Sabía que me había comportado fatal y cuando mi hermano me dijo que mi madre se negaba a hablar conmigo me partió el corazón aunque las cosas comenzaron a suavizarse cuando al año de estar

viviendo en Londres mi madre y mi hermano aparecieron allí.

– Virgen Santa – chilló asustada mi madre cuando abrió la puerta y me encontró frente a ella.

– Hola mamá – sonreí levemente. Aún me descuadraba aquella situación y el hecho de que mi madre me mirase cómo si acabase de ver un fantasma no ayudaba mucho.

– Creo que me voy a desmayar de un momento a otro... ¿Iria eres tú?

Asentí y sin darle tiempo a reaccionar me tiré a sus brazos. Había echado muchísimo de menos aquel contacto. Le había necesitado tanto y me sentía tan mal por haberles abandonado.

Mi madre me soltó cuando dos pequeñas lágrimas corrieron por su mejilla, se apartó con cuidado de la puerta y con su mano derecha me indicó que pasase a casa.

Esta estaba demasiado cambiada. Ningún mueble estaba en la posición que recordaba pero tampoco aquello me sorprendió mucho puesto que Víctor me tenía al tanto de lo que pasaba en casa.

Contuve las ganas de llorar cuando vi en el mueble de la televisión una foto de mi padre y sentí alivio al caer en la cuenta de que mi madre no lo había olvidado aún.

– La única que desapareció fuiste tú. Tu padre sigue muy presente – murmuró cuando se acercó de nuevo a mí. Cualquiera en otra situación habría tomado aquello como reproche pero yo sabía perfectamente que su intención no era aquella.

– Lo siento, mamá. Lo siento muchísimo pero no estaba bien. Necesitaba... – no pude seguir. Nos sabía bien cómo explicarle todo a mi madre.

– No te reprocho nada, cielo. Pero debo reconocer que no me pareció bien lo que hiciste, estuve bastante dolida pero Víctor me ayudó a comprender cómo te podrías sentir y por qué habías llegado a esa situación.

Sin poder aguantarlo más, comencé a llorar delante de ella. Había permanecido entera hasta que había entrado por esa casa que guardaba demasiados recuerdos.

Mi madre ahogó un pequeño grito de dolor al verme en esa situación y me abrazó cómo hacía años que no lo hacía. Joder cómo había necesitado un abrazo así.

No sé cuánto tiempo permanecimos abrazadas pero fue ella quién rompió aquel contacto y paseando sus pulgares por mis mejillas para eliminar los

restos de lágrimas, susurró:

– Si seguimos así llegará Víctor y se preocupará.

– Tienes razón –suspiré mirando de reojo la foto de mi padre y decidí que era hora de que mi madre tuviese explicaciones– Mamá, no sé bien por donde empezar... La muerte de papá me destrozó, al igual que a ti y a Víctor. Lo sé. Pero tampoco estaba pasando por un buen momento de mi vida, no me gustaban mis estudios, odiaba a las que solían llamarse mis amigas y...

– Cariño –la voz suave de mi madre hizo que parase. Puso sus manos cubriendo las mías cómo cuando era pequeña y sonrió– No tienes por qué explicarme nada. Me costó entenderlo pero lo hice. Necesitabas encontrarte contigo misma.

Me sentí fatal. Ante mí estaba la mujer que me había dado la vida y a la que en algunos instantes llegué a odiar, dándome una segunda oportunidad sin rencores y sin pedir nada.

– Mamá necesito contártelo. Descubrí a Hugo engañándome con una amiga del club de pádel y le perdoné. Le quería, le quería muchísimo pero cuando le pillé varias veces más no pude más y exploté.

Mi madre asintió y no dijo nada. En mis ojos vió que ya no me dolía pronunciar su nombre, ni si quiera quedaba ni un mínimo resquicio de lo que fue aquel amor.

Seguimos un buen rato hablando dónde le expliqué con más detalle que había estado haciendo en Londres y se alegró muchísimo de que aquellos años habían hecho de mi una buena mujer. No paraba de repetir que aunque por fuera no pareciese su niña, por dentro seguía siendo igual. Y aquello le alegraba.

En silencio mientras ella preparaba café agradecí que no hubiese comentado nada cerca de mi relación con Hugo puesto que desde el principio este no le había agradado mucho pero ella siempre me había apuntado y era consciente de que no servía para nada remover sentimientos del pasado.

Nos encontrábamos riendo en la cocina con las ocurrencias de mi tía Margarita cuando se oyó el ruido de unas llaves y un gemido de dolor.

– Siempre tiene que estar el puto mueble en medio – gruñó mi hermano en la entrada.

– Víctor ¡palabrotas en casa no! –chilló divertida mi madre desde la cocina– Siempre se tropieza o se da con el pico del mueblecito de la

entrada pero me niego a quitarlo de ahí. La culpa es suya.

Mi madre guiñó alegre un ojo y yo aguanté una carcajada. Mi madre había vuelto a ser la misma de siempre y no aquella versión en la que se convirtió los últimos meses que viví en Madrid antes de marcharme.

– Virgi, ¿Cuántas veces tengo que decirte que quites el bonito mueble? –el flequillo de mi hermano apareció por la puerta de la cocina y al encontrarse sus ojos con los míos, abrió la boca exageradamente– ¡Iria!

Mi hermano pequeño corrió hacia a mí para meterme entre sus brazos trabajados por el gimnasio. Me dolió un poco darme cuenta de que ya no era el mismo niño que la última vez que nos vimos ya que ahora se había convertido en un chico de 22 años bastante atractivo.

– ¿Pero cuándo has crecido tanto? –refunfuñé cuando fui consciente de que aún yendo yo en tacones, él conseguía sobrepasar mi altura– ¿Seguro que no te lo han cambiado, mamá?

La susodicha sonrió, se acercó a su hijo varón y tras mirarle detenidamente dijo:

– Sin duda alguna, este es hijo mío.

Por primera vez en mucho tiempo los tres reímos juntos y eché de menos la cámara de fotos para poder inmortalizar aquel momento.

A la media hora mi madre tuvo que salir a comprar algo especial de cenar cuando les confirmé a ambos que no venía de visita si no que venía para instalarme de nuevo en Madrid aunque para ser sincera, la noticia de que lo haría en un pequeño piso más cerca del centro no le hizo mucha gracia a mi madre pero aceptó porque sabía que necesitaba ese espacio y que ya no era una niña.

– ¿Entonces todo va bien? – me preguntó mi hermano mientras abría la puerta corredera que daba al balcón.

– Sí, todo genial. Una amiga movió algunos contactos y tengo una entrevista para una revista. Serán ocasiones contadas por el momento así que pondré mi propio estudio también.

– ¡Qué bien! Me alegro un montón, sis – me guiñó uno de sus verdosos ojos heredados de mamá y se encendió un cigarro.

– ¿Y tú? ¿Qué tal la carrera? – murmuré tendiéndole la mano para que me dejase un cigarrillo. Hacía cuatro años que había empezado a fumar y aunque en numerosas ocasiones podría controlar las ganas al ver a mi

hermano no pude resistirme.

– Arquitectura me encanta, ya lo sabes, pero este año está siendo jodido
– Víctor soltó el humo y sonrió como un canalla– Cómo la Virgi nos pille nos corta las manos.

Carcajeé al ser consciente de que si mi madre entraba por la puerta en cualquier momento, podría caernos una buena. Ella era consciente de que ya habíamos dejado de ser unos niños pero para ella el tabaco era un mal vicio y dentro de su casa no se podía fumar.

– Entonces trabajarás por cuenta ajena y propia... ¿No será mucho para ti?

– Estoy acostumbrada a ganarme la vida así. La oportunidad de la revista es única aunque esta cuenta con varios fotógrafos y en principio trabajaría pocos días a la semana por lo que podría perfectamente llevar como hobby mi propio estudio de fotografía –sonreí al ver que mi hermano se sentía orgulloso de mi. Cabeceaba con la mirada perdida siguiendo muy atento cada una de mis palabras– Y tal vez busque trabajo como camarera en algún bar o pub que el horario me lo permita. Conocí en Londres a un chico que era de aquí y cuando volvió hace dos años me dijo que siempre podría trabajar para él en su club.

Mi hermano asintió y sonrió de lado. Sabía que estaba ocultándome algo y que no sabía cómo contármelo.

– Me alegro un montón, Iria. Pero no me gusta que trabajes tanto – masculló mientras apagaba la colilla en la tierra de las plantas que mi madre tenía en el pequeño balcón.

– Estoy acostumbrada a ese ritmo. Además lo del pub serían días alternos y cuando yo quiera –al ver que seguía con la mirada perdida no pude resistirme y le pregunté– Vic, ¿todo bien?

– Em... Sí, sí. Hoy he tenido un día duro, tranquila.

Le conocía perfectamente y sabía que algo no iba bien pero le conocía demasiado como para saber que lo más adecuado era darle espacio. En eso, éramos idénticos.

La tarde pasó rápido y entre cuchicheos cenamos sentados en el suelo frente a la televisión. Les miré y sonreí. Había vuelto a casa y no podría sentirme más afortunada.